



Hace 80 años, los Nazis ya tenían video llamadas. Increíble!

## Descripción

*“En unos años, con ayuda de un aparato que funcionará de forma inalámbrica y quizás se llame Telephotophon, uno podrá sin duda ver y escuchar a su pareja hablar al mismo tiempo. Los modelos de bolsillo permitirán seguir una conversación iniciada incluso en un viaje o un paseo”*

Suena a anteayer, reflexiones de los años 70, o quizás, con suerte, de algún visionario de los 50; pero lo que acabas de leer es parte de una crónica titulada *“Milagros que nuestros hijos no pueden experimentar”* y [se publicó en el diario alemán Berliner Illustrirte Zeitung](#) en *“redoble de tambor”* 1928.

Hace casi un siglo, poco después de que [John Logie Baird](#) empezase a trastear con la televisión electromagnética y cuando en España, había aún amplias zonas sin luz pública.

Visionarios y gente con buen olfato han existido siempre. Eso no es una novedad. Lo que resulta sorprendente del pasaje del [Berliner Illustrirte Zeitung](#) es que ocurre casi lo contrario: a pesar de lo que hoy nos pueda parecer, su autor tampoco fue tan vanguardista al escribir aquellas líneas. Acertó, sí, y perfila con una puntería respetable lo que acabarían siendo los modernos *smartphones*; pero sus lectores podían encontrarse con algo parecido a lo que describe ya en los años 30.

## “Un sueño de la humanidad”

¿Cómo? Fácil. En la Alemania nazi funcionó brevemente un servicio de comunicaciones que, salvando las distancias, puede considerarse el precedente de los modernos [Google Meet](#), [Zoom](#) o [Skype](#). A lo largo de la segunda mitad de los años 30 el país probó un sistema de videoconferencias, [un “Fernseh-Sprech-Verbindung”](#), en alemán, que básicamente permitía hacer lo mismo que

tenemos hoy cuando conectamos Zoom: hablar cara a cara con **alguien que estÃ¡ a kilÃ³metros**.

No era un servicio al alcance de todos los bolsillos, no estaba implantado en todo el paÃ­s y por supuesto su calidad dejaba mucho que desear; pero desde luego sirviÃ³ a la Alemania de Adolf Hitler para sacar pecho y mostrar al resto del mundo el mÃ¡sculo de su sector tecnolÃ³gico.

El servicio se estrenÃ³ hace casi nueve dÃ©cadas, [el 1 de marzo 1936](#), durante la inauguraciÃ³n de la Feria de Primavera de Leipzig y a las puertas de [las Olimpiadas](#) que ese mismo verano centraron la atenciÃ³n de medio planeta en Alemania. Para lanzarlo se escogiÃ³ la lÃ­nea que conectaba Leipzig con la capital del paÃ­s, BerlÃ­n, y se orquestÃ³ un acto cargado de pompa. Como â€œmaestros de ceremoniaâ€ de [aquella charla telefÃ³nica](#) en la que habÃ­a que cuidarse de los gestos, bostezos y aspavientos ejercieron el ministro [Paul Freiherr von Eltz-RÃ¼benach](#) y el alcalde [Carl F. Goerdeler](#).

â€œEl entretenimiento televisivo a cualquier distancia que se avecina **cumple otro sueÃ±o de la humanidad**: podemos hablar con una persona en un lugar lejano y verla como si estuviera parada frente a nosotrosâ€ de [apuntÃ³ von Eltz-RÃ¼benach](#) como colofÃ³n a un discurso cargado de retÃ³rica Ã©pica. No fallÃ³ en el tiro; aunque para lograrlo quedaba todavÃ­a mucho trabajo por delante.

Si von Eltz-RÃ¼benach y Goerdeler pudieron tener una charla â€œcara a caraâ€ desde la distancia en marzo de 1936 fue, bÃ¡sicamente, gracias a los avances de la dÃ©cada anterior. Dentro y fuera de su propio paÃ­s. En los aÃ±os 20 [Baird y AT&T habÃ­an explorado ya las posibilidades](#) del videotelÃ©fono y en Alemania, en 1929, durante la Gran ExposiciÃ³n de la Radio Alemania, [G. Krawinkel mostrÃ³](#) que dos personas podÃ­an verse mientras mantenÃ­an una conversaciÃ³n por telÃ©fono.

La primera lÃ­nea aprovechÃ³ el cable coaxial de televisiÃ³n tendido **entre BerlÃ­n y Leipzig** y funcionaba con dos pares de intercomunicadores situados en edificios reconocibles de ambas localidades. Ese mismo aÃ±o el cable y las estaciones se extendieron desde Trebnitz a Nuremberg y, con el paso del tiempo, se avanzÃ³ hacia otras regiones urbanizadas del paÃ­s, como Munich o Hamburgo.

Que estuviese mÃ¡s extendido no significa que estuviese mÃ¡s implantado. Las videoconferencias, [como recuerda el Deutsches Fernsehmuseum](#), resultaban â€œexclusivas y carasâ€. Una conexiÃ³n local costaba 1,5 reichsmark y por una de larga distancia se cobraba el doble que por otra ordinaria de igual duraciÃ³n. [El Mundo seÃ±ala](#) que usar el servicio suponÃ­a el 7% del salario semanal.

A pesar de toda su pompa y halo de modernidad, el nuevo servicio tampoco resultaba cÃ³modo: quienes lo usaban tenÃ­an que [acudir a las oficinas del ReichPost](#) (â€œFernsehsprechstellenâ€) y situarse frente a la pantalla con el auricular. En cuanto a la calidad de las imÃ¡genes de vÃ­deo, se escaneaba a los usuarios con [un haz de luz](#) controlado mecÃ¡nicamente 25 veces por segundo y [una fotocÃ©lula capaz de capturar 40.000 pÃ¡xeles](#). Ni lo uno ni lo otro pareciÃ³ importar a las autoridades, que, convencidas de su potencial, facilitaron que **se puliese a nivel tÃ©cnico** con los aÃ±os.

El â€œGoogle Meetâ€ de la Alemania nazi no tuvo en cualquier caso demasiado margen para mejorar. Con el cambio de dÃ©cada, marcado por [el estallido de la Segunda Guerra Mundial](#), las autoridades [abandonaron el servicio](#) en la ruta entre BerlÃ­n, Leipzig y Munich porque la seÃ±al de las

imágenes interfirían con otras emisiones. La propia conflagración impidió que el servicio se beneficiase de mejoras como la que había probado en 1938 G. Krawinkel para el almacenamiento.

El fin de su historia por fortuna no supuso el fin de las videollamadas. En 1952 se presentaba [un nuevo dispositivo](#) durante la Exposición de Radio de Londres y en los años 60 la operadora AT&T, de EEUU, lanzaba su propio sistema en la Feria Mundial de Nueva York, el [Picturephone](#), otra invención tan novedosa y adelantada como **poco afortunada en su historia**. [La compañía confiaba](#) en que a finales de los 70 el 85% de las reuniones se hicieran ya por videoconferencia, estimación que se quedó muy lejos de la realidad. El nuevo sistema, sencillamente, resultaba demasiado caro.

Ni en los 70, ni en los 80, ni en los 90; pero la historia de las videoconferencias ha terminado teniendo un final feliz. Con el empujón de la pandemia [hoy más que nunca nos conectamos](#) para charlar con nuestros amigos, familia, pareja o, como vaticinaba AT&T, los compañeros de trabajo. Quizás el premio gordo no sea para el sistema del Reich; pero el tiempo ha demostrado que no se equivocaron al apostar por una forma de comunicación que mezclase imagen y sonido.

No lo hizo AOL. Y tampoco, se ha comprobado, aquella vieja profecía del [Berliner Illustrirte](#).

**Autor**  
admin

default watermark